



Mensaje final de la visita canónica a todos los misioneros en Colombia

Sólo un amor muy grande nos hará misioneros enérgicos, nos permitirá soportar de buen grado los sacrificios de la vida apostólica y hará que nuestras labores den fruto... El amor todo lo vence, todo lo supera. (Giuseppe Allamano).

“El misionero es aquel que es capaz de dar testimonio de su propia vida, de escuchar en silencio, sin demasiadas palabras, para compartir la alegría, el dolor, los sueños de la gente” (Cardenal Luis Antonio Tagle, Prefecto de Propaganda Fide).

Queridos misioneros de la Región Colombia, un agradecimiento grande por la acogida y la fraternidad; siempre es lindo visitar y ser visitado, es bonito sentirse como en casa en todas partes: ¡gracias de corazón y que Dios los bendiga!

Al finalizar esta visita, pensando en lo vivido, en los diálogos y encuentros que tuvimos, en las comunidades visitadas, en la oración, la vida y la misión compartida, me vino a la mente de forma espontánea el texto del evangelio de las bodas de Caná de Galilea. Es una página repleta de la alegría de la fiesta de boda; llena de misterio por el amor que manifiesta; colma de esperanza al proclamar que Dios está con nosotros. Considerando todo esto y todo lo que llevamos en el corazón, quiero compartir este pequeño mensaje en esta Eucaristía de clausura de la visita canónica: es un gesto de gratitud, un mensaje misionero y una invitación a continuar el camino con fe, esperanza y caridad.

La fiesta de bodas

El episodio de las bodas de Caná, como icono bíblico de la visita canónica, narra la necesidad de acoger a Jesús en nuestra vida como hombres y mujeres, como discípulos misioneros y en comunidades esparcidas por las periferias del mundo. Alrededor de Jesús, Presencia Viviente, podemos encontrarnos unidos en lo esencial y escuchar su voz que nos muestra el camino. Gracias a su presencia las comunidades locales pueden convertirse en verdaderos 'laboratorios' de fraternidad, sinodalidad y misión; en espacios inclusivos donde la diversidad y la pluralidad non son

obstáculos sino oportunidades de crecimiento.

Junto a él estamos llamados a reconocer el sufrimiento del mundo y a hacernos prójimos conscientes de que el amor necesita palabras, anuncios y gestos concretos, promoción humana. Y si en algunos contextos se requiere de nosotros una gran profesionalidad para acompañar proyectos de desarrollo complejos, en otros casos estamos llamados a estar presentes porque siempre y en todas partes somos un pequeño signo de fraternidad.

Por eso, dondequiera que estemos, queremos ofrecer a la Iglesia local nuestro servicio de Animación Comunitaria y Misionera que quiere promover los valores de la fraternidad universal y producir el deseo de ir a la misión porque solo el encuentro con los demás transforma realmente nuestra vida.

Ser un vino nuevo

Como comunidad queremos unirnos en la escucha de la Palabra de Dios y del corazón de nuestros hermanos y hermanas para poder practicar el discernimiento comunitario, la subsidiariedad, la confianza mutua y el cuidado de las debilidades que nos habitan.

Ser servidores juntos

María, en el texto evangélico de Caná, pide a los sirvientes: "Hagan lo que él les diga". Toda la comunidad, en su miembros efectivos y agregados, se ha encontrado unida en la adhesión al mismo carisma y la misma espiritualidad y quiere seguir unida los caminos de la misión y del Reino no anulando sino valorizando las diferencias y el potencial que el Señor ofrece a sus diversos miembros.

Para invitar a la boda

No hay fiesta de bodas si no es para todos los pueblos y para todos los hombres y mujeres del mundo. Por eso, como comunidad, nos sentimos hoy más que nunca enviados a las periferias geográficas y existenciales. Cada lugar y cada hermano representan nuestro horizonte y nos acercarnos a cada persona, cultura y pueblo conscientes de que nos enriqueceremos gracias el encuentro fructífero con la diversidad.

¿Y ahora?

¡Nosotros existimos para la misión! Así que ahora caminemos juntos para ir al encuentro de quienes nos necesitan... ese es el sentido de nuestra existencia. Por eso, en confianza y agradecimiento por la experiencia vivida, podemos decir: «cuenta conmigo», «cuenta con nosotros». Deseamos caminar juntos para ser signo de amor.

Santa María, misionera orante y evangelizadora contemplativa, ayúdanos a sanar el flagelo de ser a toda costa como Marta, la hipertrofia patológica del activismo, producida por la morbosa presunción de quienes se engañan a sí mismos creyendo que pueden contar sólo con sus propios recursos y estructuras; de quienes se basan en las codiciadas estrategias organizativas que saben introducir, olvidando la insustituible primacía de la gracia. Librarnos de la tentación de vivir el ministerio de manera burocrática y formal, como simples empleados, compulsivamente comprometidos con la elaboración de proyectos y programas e implacablemente feroces en el cálculo de ingresos y gastos, confundiendo la eficiencia técnica con la eficacia evangélica, la urgencia de las muchas cosas que se tienen que hacer con la importancia prioritaria de vivir en cada situación, buena o adversa, los sentimientos que fueron de Cristo Jesús.

Santa María, misionera del vino nuevo, que sentías cómo la antigua alianza se iba agotando y en Caná pediste a tu Hijo una anticipación del vino de la nueva y eterna alianza, ayúdanos a sanarnos del azote del inmovilismo, a recuperarnos del estancamiento aburrido de los que viajan con el piloto automático, a derrotar la repetición monótona del "se ha hecho siempre así". Recuérdanos que el vino nuevo debe ser conservado en odres nuevos y no nos dejes nunca reducir nuestro servicio a una simple administración.

Cuando no nos da la gana de salir de la iglesia para cruzar la plaza, no te limites a conmovernos, sino que corre a sacudirnos con el susto de una inquietud saludable para que vayamos en búsqueda de los "lejanos". Haz que nos preocupemos siempre y sólo por la evangelización, mucho más que por la auto conservación. Y no te canses de recordarnos que la verdadera tradición no es preservar las cenizas del pasado, sino transmitir el fuego del futuro.

Santa María, misionera del silencio, mujer de pocas palabras, que en el evangelio hablaste

sólo cuatro veces – en el anuncio del ángel, en el canto del Magnificat, en el encuentro con Jesús en el templo y, finalmente, en Caná de Galilea – ayúdanos a sanar del flagelo del terrorismo de la palabrería, de las críticas y de los chismes mezquinos. Recuérdanos lo que san Pablo nos dice muchas veces con su habitual lenguaje sin pelos: "Háganlo todo sin murmuraciones y críticas, para ser irreprochables y puros". Porque la pureza de la lengua habla de la pureza del corazón mucho más que la de las "manos limpias". Cuando nos enredamos en las telarañas de nuestras habladurías chismosas, danos la medicina del silencio y de la adoración, y sugiérenos las buenas palabras de la corrección fraterna.

Santa María, misionera de la alegría, que en el umbral de la casa de Isabel cantaste el Magnificat, seguramente, mientras lo ibas salmodiando, te habrás librado en los ligeros pasos de la danza; ayúdanos a sanar de la plaga de la tristeza. Cuando nosotros, misioneros de tu Hijo, nos dejamos agarrar por el desasosiego y nos encontramos al borde de las grietas de la desesperación; cuando nos quedamos aturdidos por los miasmas de los fracasos inevitables y de las frustraciones dolorosas, haznos respirar abundantes oleadas del aroma de la alegría. Danos la nostalgia del céntuplo evangélico, cobrado por quienes, según la lógica de tu Hijo, eligen de ímpetu el papel menos deseado, no rechazan nunca el servicio más humilde y agotador y optan sistemáticamente por la misión menos codiciada y gloriosa. Haznos luchar por el último lugar, donde no llegan las luces de los escenarios, donde no se gana la postulación a premios, medallas y honores. Arranca de nuestros rostros afligidos las máscaras funerarias y los trajes tristes de una cuaresma permanente. Ayúdanos a limpiarnos la cara de los trucos de nuestros ridículos carnavales. Danos las sonrisas claras de la mañana de Pascua. Y librarnos de la resignación. Ahora y hasta la hora de nuestra muerte. Amén".

Fraternalmente, p. Stefano Camerlengo

**Bogotá, 24 de septiembre de 2021,
Memoria de la Virgen de la Merced**